

OTRA EUROPA ES POSIBLE

Por BERNARD CASSEN



Una integración política en América Latina

La palabra que una y otra vez se hace presente en el debate político de América Latina es: integración. Y el modelo que durante mucho tiempo se ha usado como referencia es el de la construcción europea. En 1960, o sea dos años después del nacimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE), se creaba el Mercado Común Centroamericano (MCCA), seguido en 1961 por la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), precursora de ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración (1980)). Más tarde, se fueron multiplicando las estructuras: CARICOM (ex CARIFTA) para el Caribe (1973), el Pacto Andino, que pasó a ser la Comunidad Andina de Naciones (1977), y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) creado por el tratado de Asunción de 1991. Todas estas instituciones se asentaban en un principio tomado de la CEE, devenida Unión Europea (UE) en 1993: el desarrollo de cada Estado miembro pasa por la creación de mercados regionales fundados en las reglas del libre comercio y sin mecanismos de regulación política de la economía.

Con excepción del MERCOSUR, lo único que ofreció esta perspectiva –en el mejor de los casos– fueron resultados irrisorios. Por una razón evidente: los intercambios intrazona no representan más que una frac-

ción mínima del comercio exterior de los países involucrados, dado que el grueso de sus exportaciones e importaciones se da con Estados Unidos. Esta potencia no pretende en lo más mínimo renunciar a su hegemonía regional, y utiliza todos los medios, especialmente el de los tratados bilaterales, para preservarla. Frente a Washington, hasta hace poco, sólo había Estados de débil peso político, cuyas elites –en su gran mayoría– tienen su mente y sus cuentas bancarias en Miami.

El objetivo de Washington era sencillo: crear una zona de libre comercio desde Alaska hasta Tierra de Fuego, o sea, recolonizar el resto del Hemisferio creando relaciones totalmente asimétricas entre “el tiburón y las sardinias” como decía Fidel Castro con respecto a la Organización de Estados Americanos (OEA). Tal era el significado del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) lanzada en la Primera Cumbre de las Américas, en diciembre de 1994 en Miami, y que, por influencia del Presidente Hugo Chávez, sería finalmente sepultada en la Cumbre de Mar del Plata en 2005. Poco antes, en enero de 1994, había entrado en vigor un mini ALCA: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que unificaba a Estados Unidos, Canadá y México. Su balance es catastrófi-

co, sobre todo en la agricultura. Más aún, este balance constituyó el mejor argumento contra el ALCA.

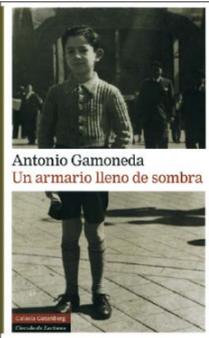
Estos últimos años, el motor de la integración latinoamericana ha sido menos el comercio que la voluntad política. La Alianza Bolivariana de los Pueblos de América (ALBA), nacida en 2004, sobre bases que rompen con los dogmas neoliberales del FMI y de la OMC, reúne a nueve países (Bolivia, Cuba, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Venezuela y tres micro Estados del Caribe anglófono). La Unión de las Naciones Suramericanas (UNASUR), creada en 2008, congrega a los doce países de América del Sur, dejando a Estados Unidos del otro lado de afuera. Con ocasión de la Cumbre de Bariloche (Argentina, agosto de 2009), la UNASUR adoptó una posición firme contra la instalación de siete bases militares americanas en Colombia, las cuales, así como la IV Flota desplegada en el Atlántico Sur, son vistas como amenazas directas a la soberanía y a los recursos naturales del resto del subcontinente.

Por distintas vías, pero convergentes, la unidad latinoamericana se construye en el marco de una visión geopolítica de autonomía con respecto a Washington. Una lección para Europa...

© LMD EDICIÓN EN ESPAÑOL

AUTOBIOGRAFÍA

Una niñez en España



Antonio Gamoneda
Un armario lleno de sombra

En el decenio de 1980, *La Voz de Galicia* llegó a ser un efímero diario de calidad gracias a Francisco Pillado, director entonces; se le ocurrió pegar un bando en la redacción: “Se prohíben los adjetivos. Si algún colaborador desea utilizar alguno, hable antes con el redactor-jefe”. Cuando éste soportaba una infracción a la norma, por trivial que fuera, el adjetivo resplandecía como un diamante en medio de la narración.

El poeta Antonio Gamoneda no frecuentó la escuela de Pillado. Si en este libro, su primera obra de narrativa, aplica sus mismas reglas es porque va sin perifoneos, directo a lo esencial. Ciertamente había cultivado la prosa en *Libro de los venenos* (1995), recreación de un antiguo tratado farmacológico, y en *El cuerpo de los símbolos* (1997), un ramillete de estudios sobre poetas y pintores. En ellas logró que sus personajes cobrasen una envergadura que no se consi-

gue de buenas a primeras, envueltos en un lenguaje popular y literario a la vez. Pero su primer libro en prosa es éste y llega a tiempo.

Me vienen a la mente unos versos de Louis Aragon: “Cuando aprendemos a vivir, es ya demasiado tarde”. Para que un relato fluya, se necesita una chispa que desencadene el mecanismo de la memoria. Si bien Marcel Proust lo provocó a partir del aroma de una magdalena, a Gamoneda se le dispara al abrir el armario de su madre, dos o tres años después de su muerte y capta su olor. En el interior del armario, aparte de vestido negro materno encontró igualmente “una sombra más profunda que la del exterior del armario”

El aroma del jabón en la ropa, el tufillo de alcanfor, creó en él la necesidad “de reencontrarme con la mayor verdad posible, con mi propio pasado”. Esto le lleva a evocar sus vivencias, desde el estallido de la guerra civil hasta sus catorce años; una niñez en una España pobre, envilecida por la guerra, resumida a través de sensaciones, experiencias y recuerdos que contienen alusiones a poemas y frases que salpican su obra poética. Verbigracia, en *Lápidas* dice: “Se iluminan pómulos, lágrimas negras de ferroviarios”; y en esta autobiografía *Un armario lleno de sombra*: “Sobre su rostro, ví lágrimas negras; lágrimas de ferroviarios”.

La acción se desarrolla a través de un cúmulo de reflexiones –sin adornos ni piruetas formales– que forman una visión circular en torno a un asunto tan temido e inevitable como es, hasta ahora, la muerte. “Mi padre ordenó a mi madre que le inyectase una concreta dosis de Pantopón. Hubo un breve diálogo que mi madre me repitió siempre con las mismas palabras: ‘No, Antonio, puede hacerte daño, no’. Y la contestación de mi padre: ‘Prepárate entonces para verme sufrir’. Amelia no dijo nada más; extrajo la solución y le inyectó. Pronto mi padre entró en un sueño del que ya no despertaría”. Y aún con la sindientes, en 1945, Gamoneda viajó solo a Oviedo a recoger los restos de su padre, a punto de ser arrojados a una fosa común. No me consta que Antonio Gamoneda haya conocido a Francisco Pillado; sí en cambio que a éste maestro de periodistas le hubiera enorgullecido contar entre sus discípulos al Premio Cervantes 2006.

RAMÓN CHAO

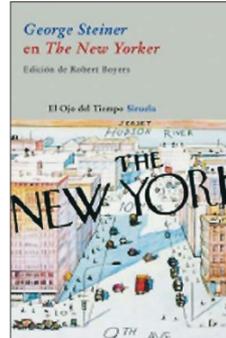
UN ARMARIO LLENO DE SOMBRA

Antonio Gamoneda

Galaxia Gutenberg, Madrid, 2009, 238 páginas, 18 euros.

PASIÓN CRÍTICA

Chácharas y conchabanzas



George Steiner es un crítico apasionado. Puede ser hostil hacia movimientos culturales, pensadores y artistas. Como señala Robert Boyers en el prólogo de estos ensayos aparecidos en *The New Yorker* (1967-1997), responsable de la antología, Steiner genera ideas estimulantes. Michel Foucault leyó una reseña de Steiner, se indignó y lo desafió: “Steiner no solo reinventa lo que lee (en referencia a *Las palabras y las cosas*) sino que también inventa aquello a lo que hace objeciones, inventa las obras con las que compara el libro, e incluso inventa las propias obras del autor. Es una pena para el señor Steiner que el genial Borges inventara la crítica-ficción” (Foucault, *Las monstruosidades de la crítica*, 1971).

Nos adentramos en los ensayos con el optimismo sincero que comunica Steiner. La sinceridad puede ser intrépida y casi siempre arriesgada. Preguntado por el tema de la inmigración en Europa, Steiner dijo recientemente a un periodista español: “Es muy fácil sentarse aquí, en esta habitación, y decir: ¡El racismo es horrible! Pero pregúnteme lo mismo si se traslada a vivir a la casa de al lado una familia jamaicana con seis hijos y escuchan reggae y rock and roll todo el día (...)”.

Le tuvo que recordar la Prensa británica a Steiner que él mismo fue un inmigrante judío perseguido por los nazis y recibió ayuda en el Reino Unido. Un comentario racista como el suyo desentonaba en su biografía. Hay ensayos desafiantes, provocadores. Más de uno incurre en lo que más detesta Steiner: la cháchara filosófica. Pero la mayoría seducen por su aguda y minuciosa capacidad de análisis, sea éste directo o comparativo.

Bertand Russell le parece “un virtuoso de la desautorización”, y su *Autobiografía* desata el sarcasmo de Steiner: “una hilarante estampa de pomposidades filosóficas y personales en el Cambridge (Massachusetts) de 1914 es coronada con la discreta ocurrencia de que ‘había limitaciones en la cultura de Harvard’...”

El lector compadecerá al arquitecto nazi Albert Speer, condenado en Nuremberg y encarcelado de por vida en Spandau, porque su *Diario* nos vuelve culpables por mantenerlo entre rejas: “Se acercó mucho más a la verdad del fenómeno Hitler cuyo motivo central era el antisemitismo”, nos confía Steiner. ¿Acaso lo admira por su fortaleza? “Después de una semana en una celda de castigo, donde pasó once horas diarias sentado sin moverse ante las lisas paredes, salió ‘tan fresco como el primer día’”.

De Gioran se ocupa no para elogiar la desesperada lucidez de sus aforismos sino para recomendar “el texto aforístico más bello de las recientes décadas, los *Minima moralia* de T. W. Adorno (que) rebosa la autoridad de una verdadera abreviatura, de una escritura cuya concisión retraduce, obliga a retraducir a una psicología y sociología de envergadura, de una conciencia histórica observadora”.

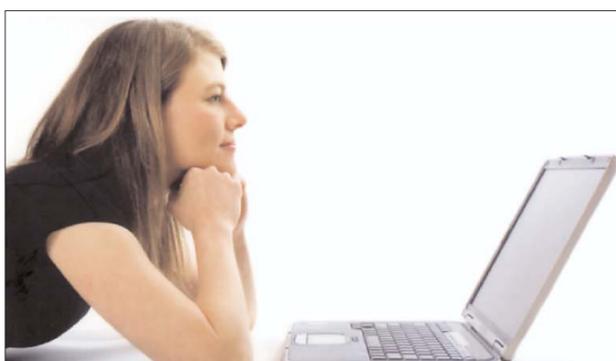
Koestler, Chomsky, Canetti, Walter Benjamin salen mejor parados. Siempre hay un *pero*. Una objeción, algo que echar en falta, aunque sólo sea más desverguenza para reconciliarnos con Louis-Ferdinand Celine.

IGNACIO CARRIÓN

GEORGE STEINER EN THE NEW YORKER

George Steiner

Siruela, 2009, 380 páginas, 23,90 euros.



Tissat
tecnología compartida

www.tissat.es

Tissat desarrolla tecnología propia y ofrece soluciones inteligentes y servicios avanzados de comunicaciones e internet.